

“Para que sean mis testigos hasta los confines de la tierra”

Semana Misionera Hospitalaria 2022
del 17 al 23 de octubre



**Para que sean mis testigos
en la Hospitalidad**

A LAS HERMANAS HOSPITALARIAS Y HERMANOS DE SAN JUAN DE DIOS

Muy queridos todos/as:

Como cada año, os hacemos llegar el material básico para celebrar la Semana Misionera Hospitalaria con el lema "Para que sean mis testigos hasta los confines de la tierra" Que se puede anunciar el domingo 16 con la introducción del Mensaje del Papa Francisco sobre la Jornada Mundial de las Misiones.

Haciéndonos eco del mensaje del Papa Francisco y de otros autores, que haciendo referencia siempre a la evangelización, durante la semana se tocan temas como la sinodalidad, las guerras y la inmigración. Ponemos a vuestra disposición textos para cada día poder reflexionar desde distintos puntos de vista.

Ante la realidad que nos toca vivir, la fidelidad a nuestra misión, nos está pidiendo creatividad y discernimiento, valor para dejarnos interpelar por la persona que sufre, los pobres, quienes han perdido el trabajo, o seres queridos y seguir respondiendo con nuestros gestos de Hospitalidad.

Confiamos que la reflexión y oración a partir de los diferentes textos puedan ser ayuda que fortalezca y haga fecundo nuestro envío a la misión desde nuestro servicio de hospitalidad allí donde nos encontremos.

A todos/as un abrazo, con nuestro deseo de que juntos podamos seguir siendo mensajeros del Evangelio en nuestra Iglesia en salida.

Hna. M^a Begoña

Hno. Ángel López

Introducción

La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo *soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo.

FRANCESCO, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 273

Texto a leer el domingo 16 de octubre a modo de anuncio de la Semana Misionera

Jornada Mundial de las Misiones 2022.

El Papa: retomar la valentía de los primeros cristianos

La Iglesia es misionera por naturaleza, evangelizar forma parte de su identidad. Jesús, antes de subir al cielo, deja a sus discípulos un mandato que es un llamamiento esencial para todos los cristianos: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, y Samaria, y hasta los confines de la tierra". En su mensaje para la Jornada de las Misiones el Papa Francisco ofrece algunas reflexiones sobre las palabras clave que describen la vida y la misión de los discípulos.

Seréis mis testigos

Seréis mis testigos: estas palabras, escribe el Papa, son "el punto central": Jesús dice que todos los discípulos serán sus testigos y que "serán constituidos tales por gracia" y "la Iglesia, comunidad de los discípulos de Cristo, no tiene otra misión si no la de evangelizar el mundo dando testimonio de Cristo". Continúa:

Todo bautizado está llamado a la misión en la Iglesia y por mandato de la Iglesia: la misión se realiza, por tanto, conjuntamente, no individualmente, en comunión con la comunidad eclesial y no por iniciativa propia. Y aunque haya alguien que en alguna situación muy particular lleve adelante la misión evangelizadora en solitario, la realiza y debe realizarla siempre en comunión con la Iglesia que se lo ha encomendado.

Es Cristo, de quien debemos ser testigos

El Papa Francisco cita las palabras de San Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: "Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial". Luego señala que los discípulos "Jesús los envía al mundo no sólo para

realizar la misión, sino también y sobre todo para vivir la misión que se les confía; no sólo para dar testimonio, sino también y sobre todo para ser sus testigos".

Los misioneros de Cristo no son enviados para comunicarse a sí mismos, para mostrar sus cualidades y capacidades de persuasión o sus habilidades de gestión. En cambio, tienen el más alto honor de ofrecer a Cristo, en palabra y obra, anunciando a todos la Buena Nueva de su salvación con regocijo y franqueza, como hicieron los primeros apóstoles.

Hasta los confines de la tierra

La misión confiada a los discípulos tiene un carácter universal, que se extiende desde Jerusalén hasta "los confines de la tierra". Y Francisco aclara un aspecto: "no son enviados a hacer proselitismo, sino a anunciar; el cristiano no hace proselitismo." Son la imagen de la Iglesia "en salida". Debido a las persecuciones sufridas en Jerusalén, los primeros cristianos se dispersaron y "dieron testimonio de Cristo delante de todos", señala el Papa y continúa:

Algo similar sigue ocurriendo en nuestra época. Debido a la persecución religiosa y a situaciones de guerra y violencia, muchos cristianos se ven obligados a huir de su patria a otros países. Estamos agradecidos a estos hermanos y hermanas que no se encierran en el sufrimiento, sino que dan testimonio de Cristo y del amor de Dios en los países que los acogen.

Ir "hasta los confines de la tierra", sigue escribiendo el Papa, es una indicación que "deberá interrogar a los discípulos de Jesús de todo tiempo":

La Iglesia de Cristo ha estado, es y será siempre una Iglesia "en salida" hacia nuevos horizontes geográficos, sociales y existenciales, hacia lugares y situaciones humanas "límite", para dar testimonio de Cristo y de su amor a todos los hombres y mujeres de cualquier pueblo, cultura y condición social. En este sentido, la misión será siempre también "missio ad gentes", como nos ha enseñado el Concilio Vaticano II, porque la Iglesia tendrá que ir siempre más allá, más allá de sus propios confines, para dar testimonio del amor de Cristo a todos.

Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo

Ante una responsabilidad tan grande, Jesús también promete a los suyos la gracia para triunfar: el Espíritu Santo les dará fuerza y sabiduría. Sin el Espíritu, ningún cristiano podrá dar pleno testimonio de Cristo:

Por eso, todo discípulo misionero de Cristo está llamado a reconocer la importancia fundamental de la acción del Espíritu, a vivir con Él en lo cotidiano y recibir constantemente su fuerza e inspiración. Es más, especialmente cuando nos sentimos cansados, desanimados, perdidos, acordémonos de acudir al Espíritu Santo en la oración, que —quiero decirlo una vez más— tiene un papel fundamental en la vida misionera, para dejarnos reconfortar y fortalecer por Él, fuente divina e inextinguible de nuevas energías y de la alegría de compartir la vida de Cristo con los demás.

Una iglesia totalmente misionera

Y concluye recordando a María como Reina de las Misiones:

Queridos hermanos y hermanas, sigo soñando con una Iglesia totalmente misionera y una nueva estación de la acción misionera en las comunidades cristianas. Y repito el deseo de Moisés para el pueblo de Dios en camino: «¡Ojalá todo el pueblo de Dios profetizara!». Sí, ojalá todos nosotros fuéramos en la Iglesia lo que ya somos en virtud del bautismo: profetas, testigos y misioneros del Señor. Con la fuerza del Espíritu Santo y hasta los confines de la tierra.

Lunes 17 de octubre

Praedicate Evangelium (cf. Mc 16,15; Mt 10,7-8)

Es la tarea que el Señor Jesús encomendó a sus discípulos. Este mandato constituye «el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual». A esto fue llamada, a anunciar el Evangelio del Hijo de Dios, Cristo Señor, y con ello suscitar la escucha de la fe en todos los pueblos (cf. Rm 1,1-5; Ga 3,5). La Iglesia cumple su mandato sobre todo cuando da testimonio, de palabra y obra, de la misericordia que ella misma ha recibido gratuitamente. Nuestro Señor y Maestro nos dejó ejemplo de esto cuando lavó los pies a sus discípulos y dijo que seremos bienaventurados si también nosotros hacemos lo mismo (cf. Jn 13, 14-17). De este modo «la comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo». Al hacer esto, el pueblo de Dios cumple el mandato del Señor que, al pedirnos que anunciemos el Evangelio, nos insta a cuidar de los hermanos y hermanas más débiles, de los enfermos y de los que sufren.

La conversión misionera de la Iglesia

La “conversión misionera” de la Iglesia está destinada a renovar la Iglesia según la imagen de la propia misión de amor de Cristo. Sus discípulos y discípulas, por tanto, están llamados a ser «luz del mundo» (Mt 5,14). Así es como la Iglesia refleja el amor salvífico de Cristo, que es la Luz del mundo (cf. Jn 8,12). Ella misma se vuelve más radiante cuando trae a los hombres el don sobrenatural de la fe, la luz «que orienta nuestro camino en el tiempo» y se pone al servicio del Evangelio para que esa luz «crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el que el hombre tiene especialmente necesidad de luz».

Todo cristiano es un discípulo misionero

El Papa, los obispos y otros ministros ordenados no son los únicos evangelizadores de la Iglesia. Ellos saben «que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo». Todo cristiano, en virtud del Bautismo, es discípulo-misionero «en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús». Esto no puede ser

ignorado en la actualización de la Curia, cuya reforma, por tanto, debe prever la participación de los laicos, incluso en funciones de gobierno y responsabilidad. Su presencia y participación es también esencial, porque cooperan por el bien de toda la Iglesia y, por su vida familiar, por su conocimiento de las realidades sociales y por su fe, que les lleva a descubrir los caminos de Dios en el mundo, pueden hacer contribuciones válidas, especialmente cuando se trata de promover la familia y el respeto de los valores de la vida y de la creación, del Evangelio como fermento de las realidades temporales y del discernimiento de los signos de los tiempos.

Martes 18 de octubre

Las Buenas Nuevas para hoy

Nos regocijamos de que el Dios viviente no nos abandonó a nuestra perdición y desesperanza. En su amor, Él vino a buscarnos en Jesucristo para rescatarnos y restaurarnos. De modo que las buenas nuevas se encuentran en la persona histórica de Jesús, quien vino proclamando el reino de Dios y viviendo una vida de humilde servicio, quien murió por nosotros, siendo hecho pecado y maldición en nuestro lugar, y a quien Dios vindicó levantándole de los muertos. A aquéllos que se arrepienten y creen en Cristo, Dios les da parte en la nueva creación. Él nos da nueva vida, la cual incluye el perdón de nuestros pecados y la presencia y el poder transformador de su Espíritu. Él nos da la bienvenida a su nueva comunidad, la cual está compuesta de personas de todas las razas, naciones y culturas. Y Él promete que un día nosotros entraremos a su nuevo mundo, en el cual el pecado será abolido, la naturaleza será redimida y Dios reinará para siempre. Estas buenas nuevas deben ser proclamadas con valor dondequiera que sea posible, en las iglesias y en los auditorios públicos, en radio y televisión, y al aire libre, porque es el poder de Dios para la salvación y estamos en la obligación de darlas a conocer. En nuestra predicación debemos declarar fielmente la verdad que Dios ha revelado en la Biblia y esforzarnos por relacionarla con nuestro propio contexto.

También afirmamos que la apologética, es decir “la defensa y confirmación del evangelio” (Fil 1:7), es esencial para la comprensión bíblica de la misión y para un testimonio efectivo en el mundo moderno. Pablo “discutía” con algunas personas al margen de la Escrituras, con miras a “persuadirlas” de la verdad del evangelio. Así debemos hacerlo nosotros. De hecho, todos los cristianos deben estar listos para dar razón de la esperanza que hay en ellos (1 Pedro 3:15). Otra vez hemos visto el énfasis de Lucas en el evangelio como buenas nuevas para los pobres (Lucas 4:18; 6:20; 7:22) y nos hemos preguntado qué significa esto para la mayoría de la población mundial, que son pobres, afligidos u oprimidos. Se nos ha recordado que la ley, los profetas y los libros de Sabiduría, así como la enseñanza y ministerio de Jesús, todos enfatizan la preocupación de Dios por los pobres en recursos económicos y nuestro deber consecuente de interesarnos por ellos y protegerlos. La Escritura también se refiere a los espiritualmente pobres, quienes miran sólo a Dios para alcanzar misericordia. El evangelio viene

como buenas nuevas a ambas clases. Los pobres en espíritu, quienes sin importar sus circunstancias económicas, se humillan ante Dios, reciben por fe el don gratuito de la salvación. Para nadie hay otra manera de entrar en el reino de Dios. Los materialmente pobres y desposeídos encuentran además una nueva dignidad como hijos de Dios y el amor de los hermanos y hermanas, quienes lucharán con ellos por su liberación de todo lo que los degrada y los oprime. Nos arrepentimos de cualquier descuido de la verdad de Dios en la Escritura y nos comprometemos a proclamarla y defenderla. También nos arrepentimos de haber sido indiferentes al clamor del pobre y por haber mostrado preferencia por el rico, y nos comprometemos a seguir a Jesús en la predicación de las buenas nuevas a toda persona, en palabra y obra.

El Manifiesto de Manila. Llamando a toda la iglesia a llevar todo el evangelio a todo el mundo

Miércoles 19 de octubre

Mi Paz os dejo, mi Paz os doy

LA GUERRA EL MAYOR PECADO Y LA EVANGELIZACIÓN EL MAYOR ANTÍDOTO

Hoy de nada sirve citar frases de la antigüedad o de la edad media para justificar la guerra en ciertos momentos. Hoy, las circunstancias tecnológicas -que han modificado profundamente la vida humana- hacen de cualquier guerra el peor pecado que puede haber. Un pecado crece en gravedad a medida que crece la posibilidad de evitarlo o ponerle fin.

Si la guerra es un pecado de tal magnitud, educar en hábitos para la paz tiene que ser el más contundente signo de evangelización. Una Evangelización que se haga cultura y marque un modo de detectar y enfrentarse a las injusticias desde mecanismos no violentos. En un mundo que se aleja geométricamente de la iglesia, el milagro para que el mundo crea, sigue siendo la Resurrección y la Vida. Hay algo que no funciona con la actual evangelización y como dice el Evangelio, “por sus frutos los conocemos” (Lc 6, 43)

El mundo no es neutro, su príncipe (Jn 14, 30), anda como león rugiente, buscando a quien devorar (1 Pd 5,8). Los jinetes del Apocalipsis (hambre, guerra, peste y muerte) hacen lo suyo en un mundo abandonado a su poder. El mayor antídoto es una evangelización acorde a los tiempos, en la línea del Vaticano II, de la Doctrina Social de la Iglesia actualizada.

Estamos desaprovechando el potencial salvífico del cristianismo que se manifiesta en lo primero que Jesús resucitado dice a sus apóstoles: “paz a vosotros...como el Padre me ha enviado, así os envío...”. Dios se ha hecho hombre, ha muerto y resucitado para darnos PAZ y para que nosotros la sigamos construyendo como su Reino, una Civilización del Amor con la llama de su Espíritu, que será plenificada en la Parusía. El primer derecho de la dignidad humana, es poder seguir vivos, no matarnos...en nombre de lo que sea.

Nosotros adoramos al Dios de la Vida, que da vida. Jesús es el pan de vida, el agua viva, el que tiene palabras de vida eterna, etc.

Han pasado dos mil años de comprensión del Evangelio que progresivamente nos han hecho entender que no hay guerra que pueda justificarse. Así como ahora sabemos interpretar esos macabros hechos belicosos del Antiguo Testamento, así también la fe nos va abriendo los ojos para revisar los errores guerreros y colonialistas de la historia de los cristianos. Un pedido de perdón y rectificación de métodos evangelizadores que tendríamos que ahondar, porque la humildad nos hace libres para anunciar el tesoro que llevamos en vasijas de barro.

Guillermo Jesús Kowalski

Jueves 20 de octubre

Nuevos modelos de acción misionera

La obra del Espíritu de Dios en el mundo ha traído grandes multitudes de creyentes al reino. De esta forma, han surgido nuevas iglesias desde las que miles de misioneros han llegado al Tercer Mundo. Ahora ese mismo Espíritu nos desafía a reconsiderar no sólo las estructuras misioneras, sino también las formas de compromiso. ¿Qué impacto tiene éste en las culturas a las que se dirige? Esta es una gran pregunta, especialmente para las iglesias de constitución más reciente. Algunas misiones que operan en el mundo occidental han optado por la internacionalización de sus estructuras y el reclutamiento de misioneros de diferentes nacionalidades. Esto es un hecho positivo. Otro motivo de alegría es el continuo aumento de las misiones activas en el Tercer Mundo. Se está estudiando la forma de establecer relaciones de ayuda mutua entre estos dos tipos de sociedades misioneras, comprometidas en sectores diferentes pero con el mismo mandato. Ya existen algunas formas de colaboración con ventajas mutuas. Es de esperar que haya una mayor difusión de noticias sobre este tema y que se amplíen los experimentos de este tipo (en el ámbito de la formación misionera, así como en cuanto a la asignación de personal, el reparto de medios y la comunicación de experiencias e información). Hay que dejar que las misiones juveniles aprendan de sus errores. Sin embargo, muchos de los problemas a los que se han de enfrentar ya han sido abordados por misiones más antiguas, cuya experiencia deben conocer para poder aprovecharla.

Declaración del Congreso de Wheaton

Viernes 21 de octubre

El camino sinodal del Pueblo de Dios peregrino y misionero

La sinodalidad manifiesta el carácter peregrino de la Iglesia. La imagen del Pueblo de Dios, convocado de entre las naciones (Hch 2,1-9; 15,14), expresa su dimensión social, histórica y misionera, que corresponde a la condición y a la vocación del ser humano como homo viator. El camino es la imagen que ilumina la inteligencia del misterio de Cristo como el Camino que conduce al Padre. Jesús es el Camino de Dios hacia el hombre y de estos hacia Dios. El acontecimiento de gracia con el que Él se hizo peregrino, plantando su tienda en medio de nosotros (Jn 1,14), se prolonga en el camino sinodal de la Iglesia.

La Iglesia camina con Cristo, por medio de Cristo y en Cristo. Él, el Caminante, el Camino y la Patria, otorga su Espíritu de amor (Rom 5,5) para que en Él podamos avanzar por el «camino más perfecto» (1 Cor 12,31). La Iglesia está llamada a seguir sobre las huellas de su Señor hasta que Él vuelva (1 Cor 11,26). Es el Pueblo del Camino (Hch 9,2; 18,25; 19,9) hacia el Reino celestial (Flp 3,20). La sinodalidad es la forma histórica de su caminar en comunión hasta el reposo final (Heb 3,7-4,44). La fe, la esperanza y la caridad guían e informan la peregrinación de la asamblea del Señor «en vista de la ciudad futura» (Heb 11,10). Los cristianos son «gente de paso y extranjeros» en el mundo (1 Pe 2,11), marcados con el don y la responsabilidad de anunciar a todos el Evangelio del Reino.

El Pueblo de Dios está en camino hasta el fin de los tiempos (Mt 28,20) y hasta los confines de la tierra (Hch 1,8). La Iglesia vive a través del espacio en las diversas Iglesias locales y camina a través del tiempo desde la pascua de Jesús hasta su parusía. Ella constituye un singular sujeto histórico en el que ya está presente y operante el destino escatológico de la unión definitiva con Dios y de la unidad de la familia humana en Cristo. La forma sinodal de su camino expresa y promueve el ejercicio de la comunión en cada una de las Iglesias locales peregrinas y, por encima de todas ellas, en la única Iglesia de Cristo.

La dimensión sinodal de la Iglesia implica la comunión en la Tradición viva de la fe de las diversas Iglesias locales entre ellas y con la Iglesia de Roma, tanto en sentido diacrónico – antiguas – como en sentido sincrónico – universales. La transmisión y la recepción de los Símbolos de la fe y de las decisiones de los Sínodos locales, provinciales y, de manera específica y universal, de los Concilios ecuménicos, ha expresado y garantizado de modo normativo la comunión en la fe profesada por la Iglesia en todas partes, siempre y por todos (quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est).

En la Iglesia, la sinodalidad se vive al servicio de la misión. Ecclesia peregrinans natura sua missionaria est [59], «ella existe para evangelizar»[60]. Todo el Pueblo de Dios es el sujeto del anuncio del Evangelio. En él, todo Bautizado es convocado para ser protagonista de la misión porque todos somos discípulos misioneros. La Iglesia está llamada a activar en sinergia sinodal los ministerios y carismas presentes en su vida para discernir, en actitud de escucha de la voz del Espíritu, los caminos de la evangelización.

La Sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia. Comisión Teológica Internacional

Sábado 22 de octubre

Acoger la palabra de Dios y buscar la justicia

En la Iglesia nadie es extranjero, y la Iglesia no es extranjera para ningún hombre y en ningún lugar. Como sacramento de unidad y, por tanto, como signo y fuerza de agregación de todo el género humano, la Iglesia es el lugar donde también los emigrantes indocumentados son reconocidos y acogidos como hermanos. Corresponde a las diversas diócesis movilizarse para que esas personas, obligadas a vivir fuera de la red de protección de la sociedad civil, encuentren un sentido de fraternidad en la comunidad cristiana. La solidaridad es asunción de responsabilidad ante quien se halla en dificultad. Para el cristiano el emigrante no es simplemente alguien a quien hay que respetar según las normas establecidas por la ley, sino una persona cuya presencia lo interpela y cuyas necesidades se transforman en un compromiso para su responsabilidad. «¿Qué has hecho de tu hermano?» (cf. Gn 4, 9). La respuesta no hay que darla dentro de los límites impuestos por la ley, sino según el estilo de la solidaridad. La Iglesia considera el problema de los emigrantes irregulares en la perspectiva de Cristo, que murió para congregar en la unidad a los hijos de Dios dispersos (cf. Jn 11, 52), recuperar a los excluidos, acercar a los lejanos e integrar a todos en una comunión no fundada en la pertenencia étnica, cultural y social, sino en la voluntad común de acoger la palabra de Dios y buscar la justicia. La Iglesia continúa la misión de Cristo. «Era forastero, y me acogisteis» (Mt 25, 35). Es tarea de la Iglesia no sólo volver a proponer ininterrumpidamente esta enseñanza de fe del Señor, sino también indicar su aplicación apropiada a las diversas situaciones que sigue creando el cambio de los tiempos. Hoy el emigrante irregular se nos presenta como ese forastero en quien Jesús pide ser reconocido. Acogerlo y ser solidario con él es un deber de hospitalidad y fidelidad a la propia identidad de cristianos.

Juan Pablo II, Mensaje en la Jornada Mundial de las Migraciones y los Refugiados, año 1996

Domingo 23 de octubre

LA PASTORAL MIGRATORIA INTERCULTURAL

Las comunidades católicas, cada vez más libres de todo miedo, especialmente de los miedos que se basan en percepciones equivocadas, están llamadas a tender puentes con los recién llegados, promoviendo una auténtica cultura del encuentro. Esperamos sinceramente que estas Orientaciones nos ayuden a convertirnos realmente en constructores de puentes, deseosos de profundizar a conciencia, a través de la experiencia, de la riqueza que la presencia de migrantes y refugiados aporta a nuestras comunidades.

Considerando cada ocasión de encuentro con los migrantes y los refugiados necesitados como una oportunidad para encontrarse con Jesucristo mismo (cf.

Mt 25, 35), se invita a las comunidades católicas a comprender y valorar las oportunidades que los migrantes ofrecen para llevar una vida nueva a sus comunidades, y crecer en el aprecio por el otro.

Se invita también a las comunidades católicas a ver la presencia de muchos migrantes y refugiados no cristianos o no creyentes, como una oportunidad providencial para cumplir la misión evangelizadora de la Iglesia a través del testimonio y la caridad.

Gracias a la conciencia de la presencia de los migrantes y refugiados que, por gracia de Dios, está creciendo en las comunidades católicas, la Iglesia seguirá poniendo de relieve la multiplicidad de sus miembros como una riqueza que hay que apreciar, y las aportaciones de los desplazados como una oportunidad para expresar, con mayor firmeza y visibilidad, la catolicidad de nuestra fe.

En el encuentro con la diversidad de los extranjeros, de los migrantes, de los refugiados y en el diálogo intercultural que puede surgir, se nos da la oportunidad de crecer como Iglesia, de enriquecernos mutuamente. Por eso, todo bautizado, dondequiera que se encuentre, es miembro de pleno derecho de la comunidad eclesial local, miembro de la única Iglesia, residente en la única casa, componente de la única familia.

Ciertamente, la finalidad de estas Orientaciones Pastorales es que empecemos desde abajo y nos expandamos hasta los confines más lejanos de nuestros países para acoger, proteger, promover e integrar a nuestros hermanos y hermanas migrantes y refugiados, edificando el Reino de Dios en la fraternidad y en la universalidad, y unirnos a Zacarías mientras canta: “Y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días” (Lc 1,73-75).